

La invención del espejo

Andrés Felipe Rojas-Márquez

El negro Aswad terminó de limpiar los platos y las vasijas de cobre brillante de sus amos, después, los acomodó en su respectivo lugar. El celestial Horajti dejaba entrever el rumor de su paso por el firmamento, coloreando el horizonte con un rojizo anaranjado apenas cercano al color de la vajillería. Mientras pulía con un trozo de lino una de las piezas, aplanada y ya reluciente por completo, resbaló de sus manos y cayó enfrente suyo. La escasa luz que aún se colaba entre los bloques y columnas alcanzó a asomar encima del cobre lustrado. Como anticipándose a ese contacto con la superficie brillante, un haz de luz se refractó de la superficie dando con el rostro del negro, cegándolo por un corto instante e iluminando, además, una pequeña parte del lugar. Ese pequeño trozo de luz que el plato de cobre prestó del navegante del cielo tardó solo un segundo en desvanecerse. Aswad experimentó un fenómeno nuevo para él, la luz se había doblado y entrado al templo. Fue como si Ra se hubiera manifestado y lo hubiera visto a los ojos. Cuando la oscuridad cayó regresó a descansar, se recostó en su lecho de piedra y posó su cabeza en mimbre seco. Esa noche durmió plácidamente, como si hubiera estado en una cama tejida con reposacabezas de alabastro. Al día siguiente intentó replicar el suceso pero fracasó.

La siguiente noche no pudo dormir. Pensó en lo ocurrido el día anterior, cuando la luz cambió su rumbo y se posó enfrente suyo, casi que tomando forma propia. Ahora que recordaba, pudo ver en ese momento una columna recta que nacía del plato y terminaba en su rostro. Pudo haber sido la verdadera figura de Ra, por lo menos a la vista de los mortales. Después de algunas horas de divagaciones, amaneció.

Como cada día, se preparó para la laboriosa jornada que implicaba ser hijo de su padre. Acinturó el shenti en su fina cadera y se encaminó hacia el templo. El día fue uno más de tantos otros que se repetían con la misma suerte de novedad que tienen las lluvias en el desierto de Egipto. Cuando atardeció, se apresuró a pulir los platos para después esparcirlos por el suelo. Atento de no ser importunado por sus amos, observó el recorrido del sol en el firmamento. Cuando la iluminación del astro alcanzó el cobre lustrado, desperdigó por las paredes manchones luminosos que aclararon todo el lugar ya oscurecido. Antes de la reflexión venidera ante el descubrimiento, escuchó los pasos de sus amos aproximarse. Apresuradamente, recogió los platos y los guardó en su lugar. Reverenció a los que entraron y terminó con sus tareas para poder retirarse.

Esa noche durmió ininterrumpido por el cansancio acumulado. Su mente, al intentar comprender el fenómeno recién descubierto, no halló un rumbo fijo en su entendimiento, por el contrario, se detuvo y desvió por los vericuetos de la conciencia somnolienta, fantaseando de forma ilógica y entregándose, finalmente, al sueño. Aswad descansó, también, por la complicidad de su mente tranquila que ahora lo esperaba con explorar las distintas propiedades de la manipulación de los rayos solares a la mañana siguiente.

Los días próximos se propuso reorientar la luz del sol a su voluntad. Notó, entonces, que dependiendo de la inclinación de las piezas de cobre, la luz describía una trayectoria diferente. Entendió, también, que un mismo haz podría ser desviado cuantas veces quisiera. Encontraría, acaso, una fuente inagotable de claridad durante el día para las guaridas sombrías propias de los hijos de Amón, entechadas o subterráneas, a la esquiua del dios solar.

Aswad anunció su descubrimiento ante sus amos y les enseñó las distintas propiedades de la reflexión de la luz al tocar el metal brillante. Estos enmudecieron ante el fenómeno que vieron. Aswad explicó una y otra vez las innumerables ventajas de su descubrimiento; habló, así, del ahorro de aceite, de maderas combustibles y la iluminación de largos pasillos con luz natural redirigida. Repitió cada vez con más detalle y detenimiento creyendo que el silencio de sus amos correspondía al desentendimiento de lo evidente. Finalmente, hablaron.

Mandaron azotar y sacrificar a Aswad al mediodía cerca del Nilo como ofrenda por el perdón de Ra. Fue acusado por sus amos como el mayor pagano de todo Egipto. Haber manipulado la obra del dios solar para otro provecho no fue tomado como esperó. Fue azotado hasta el cansancio. Suplicó un trago de agua antes de ser apuñalado. Se le permitió acercarse al Nilo para beber.

A la par, los amos acudieron al faraón para informarle sobre la ofensa de Aswad. El superior, sin embargo, sonrió asombrado. Mandó fabricar discos llanos en cobre pulido y felicitó a los amos de Aswad por tan provechoso descubrimiento.

Mientras tanto, Aswad miró su reflejo en el agua del Nilo. Bebió varias bocanadas del líquido y se percató de que también había podido ver el reflejo de su rostro en aquellos platos después de pulirlos. Fue lo último en lo que pensó, antes de ser sacrificado junto al río.



Generaciones (2023). Litografía: Andrea Enríquez Guadarrama.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.

ANDRÉS FELIPE ROJAS MÁRQUEZ. Estudiante de Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana por la Universidad Industrial de Santander (UIS), Colombia.

Recibido: 29 de octubre de 2021

Aprobado: 1 de agosto de 2023